

Guerras irregulares en el Caribe

LAURA MUÑOZ
MARÍA DEL ROSARIO RODRÍGUEZ DÍAZ
JOSÉ ABREU CARDET

Coordinadores



Guerras irregulares en el Caribe

Guerras irregulares en el Caribe

Laura Muñoz
María del Rosario Rodríguez Díaz
José Abreu Cardet

coordinadores

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

2020

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Guerras irregulares en el Caribe

Coordinadores: Laura Muñoz, María del Rosario Rodríguez Díaz y José Abreu Cardet

Primera edición 2020

D.R. © Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
Instituto de Investigaciones Históricas
Edificio C-1, Área de Institutos, Ciudad Universitaria
Av. Francisco J. Múgica S/N, Villa Universidad
58004, Morelia, Michoacán, México,
www.iih.umich.mx

D.R. © Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac
03730, Ciudad de México
www.mora.edu.mx

Conversión a ePub: Punto Gif Design Studio
Diseño editorial: Liliana Díaz Lomelí
Diseño de portada: Liliana Díaz Lomelí
Crédito de imagen de portada: Laura Muñoz, *Otras guerras irregulares*, septiembre de 2018, La Habana, Cuba.
Cuidado Editorial: María del Rosario Rodríguez Díaz y Laura Muñoz
ISBN Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo: 978-607-542-140-7
ISBN Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora: 978-607-8611-54-6

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derechos de Autor, y en su caso, de los tratados internacionales aplicables, la persona que infrinja esta disposición, se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

Hecho en México
Made in Mexico

ÍNDICE

[Presentación](#)

[Introducción](#)

[El ejército español entre el viejo y el nuevo mundo](#)

María Florencia Musante Grau

[Pedro Menéndez de Avilés, estrategia para España desde el norte circuncaribeño](#)

Lourdes de Ita

[La guerra por la sal en el Caribe venezolano \(1598-1648\).](#)

Juan Carlos Rey González

[La batalla de Cayo St. George. Una aproximación desde la hermenéutica de la frontera](#)

Ana Elvira Cervera

[La República Federal de Centro América y las invasiones militares centralistas desde México, Belice y Cuba, 1831-1832](#)

Arturo Taracena Arriola y Juan Carlos Sarazúa Pérez

[El impuesto de sangre español en la guerra de Cuba \(1895-1898\).](#)

José Luis Cifuentes Perea y Manuel Antonio García Ramos

[El suicidio de Pujg](#)

José Enrique Rovira Murillo

[El último combate contra el dominio español en Cuba y en América](#)

Ángela Peña Obregón y Enrique Doimeadiós Cuenca

Lo invisible en la guerra hispano-cubano-americana

Arlene Díaz

Orígenes y dinámicas de la alta oficialidad del ejército cubano durante la primera república (1902-1933).

Servando Valdés Sánchez

Cosme de la Torriente y Peraza: una visión sobre el derecho internacional durante la primera guerra

Paul Sarmiento Blanco

El Caribe, la segunda guerra y las estrategias de la revista *National Geographic*

Laura Muñoz

El bloqueo alemán del Caribe en 1942 y sus efectos en Puerto Rico

Ligia T. Domenech Abréu

La legión del Caribe, una mirada desde la CIA

Guadalupe Rodríguez de Ita

Las guerrillas cubanas de la década de los cincuenta: una visión desde la teoría

Armando Cuba de la Cruz e Ivette García González

La guerra de liberación nacional: una secuencia a través de la prensa cubana

Ada Ivette Villaescusa Padrón

Crisis de octubre de 1962: la visión desde los soldados y milicianos cubanos

Oscar Larralde Otero

Más allá del deber. Un teniente español y los mambises

José Abreu Cardet

Presentación

El volumen que presentamos al debate de especialistas y del público en general, es producto de la dinámica del seminario EL CARIBE VISIONES HISTÓRICAS DE LA REGIÓN, que inició en 2002 con el objetivo de entender mejor al Caribe, a sus sociedades, sus políticas, su historia, su cultura y su evolución económico-social. En los últimos años, y gracias al entusiasmo de José Abreu, surgió un grupo interesado en explorar el tema del Caribe como espacio de violencia y de guerras a lo largo de un periodo que abarca los siglos XIX y XX. El objetivo principal es tratar de deconstruir mitos nacionales e ir más allá de la tradicional historiografía militar nacionalista. La propuesta es ofrecer nuevas visiones, reflexiones e interpretaciones sobre esas contiendas, partiendo de temas muy variados, con una mirada diferente, dando voz a otros actores, poniendo atención en otros acontecimientos, fijándose en otras formas de luchar (con mapas, fotografías y textos, por ejemplo) y deteniéndose en otras perspectivas (las locales). Se han buscado miradas innovadoras, enfoques comparativos, así como estudios de casos concretos.

Este libro colectivo, que ofrece 20 miradas al tema de las guerras en el Caribe, se suma a un primer volumen publicado por la Universidad Michoacana y el Instituto de Historia de Cuba. No hubiera sido posible sin el esforzado empeño de Jakeline Castelán Segovia, Alma Patricia Montiel Rogel y Estefanía Sara Mijangos, quienes revisaron varias veces todos los textos. De manera especial, queremos reconocer el cuidado prolijo de la Dra. Donají Morales Pérez, que evitó que el libro tuviera errores y quien hizo importantes sugerencias para mejorarlo en todo sentido. Las cuatro, como se propone en la última sección, fueron más allá del deber.

Introducción

La interpretación de esa realidad bélica ha ido variando con el tiempo. Se ha esculpido en letra de oro en los libros de las historias nacionales de Francia, Holanda o Inglaterra el saqueo de sus piratas y corsarios, teniendo cuidado de borrar u olvidar las torturas a que fueron sometidos los habitantes de estas comarcas para que declararan donde estaban sus ahorros. De igual manera han borrado el recuerdo de las violaciones de criollas o españolas, negras o mulatas por algunos vecinos de Dieppe, Londres o Ámsterdam. En España se hizo memoria de esas crueldades, pero las aplicadas por los caballeros castellanos y sus descendientes a indios y luego a los africanos se dejaron en algún rincón del olvido. En la medida en que se afianzaban y enriquecían las potencias comenzaron las narraciones de los grandes combates navales de flotas, que poco tenían que envidiarle a la Invencible. La toma de La Habana por los ingleses devino en símbolo de lo sobredimensionado, hasta ese momento. Pocas veces se había organizado una escuadra de tales dimensiones para atravesar el Atlántico.

Parte de este universo es lo que hemos tratado de mostrar en estas páginas, explicado por autores de culturas y formas de pensar diferentes, de disquisiciones variadas. La interpretación de las contiendas caribeñas ha traído una especie de continuación de los enfrentamientos en el campo intelectual. Las llamadas guerras irregulares tan recurridas por los débiles, que son la mayoría, nos parece acercar a esa historia de los ciegos que querían conocer un elefante. El monarca de la región les ofreció la oportunidad dejando a su disposición un paquidermo. Cada uno fue interpretando el físico de la bestia según la parte tocada por sus manos. De igual manera, tales contiendas se interpretan desde los intereses y pasiones del presente. Los historiadores de las

metrópolis o de las antiguas colonias desandan caminos muy diferentes impulsados por el nacionalismo de los nuevos países o el orgullo de las viejas metrópolis.

Un asunto tan elemental como la definición de qué es una victoria no está esclarecido en los más doctos textos sobre el pasado. Para unos es quedar dueños del campo, gracias a los cañonazos, cargas a la bayoneta o bombardeos de B 26, según la época. Para otros, los débiles, los irregulares, es quedar vivo de tales arremetidas, y encontrar un racimo de plátano, que no fue destruido en la última incursión de las tropas del gobierno, una jutía desprevenida, un panal de miel a nivel de la mano de un hombre. En fin, comer algo y seguir los caminos de la fuga, que por poco elegante que parezca es una constante de la guerrilla.

Todos los caminos parecen conducir a las estatuas de mármol de los grandes héroes nacionales que se levantan en las plazas más importantes de las ciudades caribeñas. Se ha olvidado a esa multitud de mujeres, niños y ancianos que alimentaron en lo material y lo espiritual a los héroes para que siguieran su andar de combates y de muerte. No hay nada más alejado de ese mármol de las estatuas que la vida de estos hombres y mujeres de la guerra, no necesitan de heroicos himnos sino de un poco de sancocho dominicano o ajiaco cubano, del simple sorbo de agua, o la carne de la hembra tan necesaria y buscada por los más encumbrados y gloriosos generales fundadores de pueblo.

El Caribe ha sido un entrecruzar de agencias de inteligencia que hace realidad la ficticia imagen de James Bond, los españoles desplegaron en la región una red de cónsules y espías tras los insumisos dominicanos de la guerra de restauración o los independentistas cubanos, británicos y estadounidenses lanzaron al galope sus agencias de inteligencia por la región buscando detalles de sus enemigos. Trujillo conformó lo que un historiador de esta ribera llamó una telaraña de agentes y confidentes que asesinaron o secuestraron a sus enemigos. Los cuerpos de inteligencia cubanos, de 1959 al presente, son un universo por conocer. Los que parecían asuntos menores, temas del folclor, más

de interés de los novelistas y directores de cine de aventuras para entretener a un público ávido del exotismo de estas playas de cocoteros y mulatas, un día anunciaron la posibilidad del estallido de una contienda nuclear, un acontecimiento que ha recibido diversos nombres: crisis de los cohetes, de octubre, del Caribe, pero que tiene un criterio común: estuvo a punto, en 1962, de convertir este mundo en un planeta de pavesas.

Los trabajos reunidos en esta colección siguen un orden cronológico. Inicia la secuencia el de María Florencia Musante Grau, que nos acerca a un estudio necesario sobre el ejército español de la conquista, visto desde ambos lados del Atlántico. Su formación allá y su actuación acá. Un asunto poco tratado, pues tal parece que las huestes hispanas salieron de la nada para conquistar los imperios y las tribus.

La colaboración de Lourdes de Ita nos presenta a un personaje complejo, polémico y singular, Pedro Menéndez de Avilés, uno de los navegantes españoles más notables de su época y estratega para la expansión americana desde América. A continuación, Juan Carlos Rey González nos descubre que el Caribe venezolano fue testigo, y sus vecinos víctimas o participantes según el devenir de los acontecimientos, de un conflicto internacional entre Holanda y España. La guerra por la sal puede desencadenar ríos de sangre.

Por su parte, Ana Elvira Cervera ofrece un acercamiento muy interesante y novedoso a la batalla del cayo St. George, de 1798, desde la hermenéutica de la frontera, en la que el espacio y los sucesos ocurridos son comprendidos a partir del posicionamiento filosófico. En un lado se encuentra la novel nación beliceña que interpreta el pasado con el objetivo de naturalizar su legítimo derecho a estar ahí. Del otro, lo experimentado y narrado por la embestida española y la experiencia particular de la fracción inglesa, narrada a posteriori.

Arturo Taracena Arriola y Juan Carlos Sarazúa Pérez recuperan la noción de una guerra que marcó el fin de la primera etapa de la República Federal de Centro América (1824-1832) y abrió la última, la que habría de finalizar con la disolución del experimento federal en 1839. La contienda sacó a la luz las

relaciones conflictivas entre las autoridades centroamericanas con la población garífuna del litoral caribeño, las pretensiones de España por recuperar el territorio centroamericano perdido en 1821 y las tensiones entre las potencias mundiales del momento por controlar las rutas marítimas y la posibilidad de un canal interoceánico. Asimismo, expresó la consolidación de la experiencia militar entre oficiales, soldados y la población en general y representó el inicio de la impronta de los caudillos en el istmo.

José Luis Cifuentes Perea y Manuel Antonio García Ramos nos trasladan con su trabajo a otra época, el fin del siglo XIX y la guerra de Cuba. Conocemos el esfuerzo superlativo que la clase política de la Restauración llevó a cabo para retener a la isla con el desembarco de quince expediciones y su fracaso. De qué y cómo murieron los miles de jóvenes que integraron el ejército colonial español en la última contienda de independencia de la mayor de Las Antillas, nos enteramos en estas páginas. Los autores se han acercado a ese momento lastimoso del guerrero, cuando la muerte visita el cuartel o el fortín en la búsqueda de su terrible cosecha. Argumentan con cifras y descripciones detalladas las circunstancias del fin de muchos miembros de aquel ejército.

Tres trabajos más se refieren a esta guerra. El suicidio de un oficial español en los días de la defensa de Puerto Rico, en 1898, contra la invasión de los Estados Unidos es el pretexto que utiliza José Enrique Rovira Murillo para ofrecernos su visión de aquellos momentos de ocaso de un imperio, donde, muy justificadamente, se puede afirmar que nunca se ponía el sol. Ofrece un criterio interesante sobre el papel de las milicias locales de aquella isla. Ángela Peña Obregón y Enrique Doimeadiós Cuenca nos llevan a “presenciar” el último combate contra el dominio español en Cuba. En cambio, Arlene J. Díaz examina la labor de Sylvester Scovel, espía y corresponsal de guerra, como un ejemplo concreto de uno de los artilugios que el gobierno de Estados Unidos empleó para manufacturar el apoyo público a la intervención estadounidense en la guerra entre España y Cuba. Los objetivos de este texto son: demostrar las maneras en que el gobierno recopiló información

clandestinamente, y la distorsionó para facilitar su agenda expansionista, y luego publicó en los periódicos de Joseph Pulitzer; entender la función y los mecanismos de lo invisible en esta guerra y su efecto en la producción y reproducción de ciertas narrativas históricas y silencios sobre la guerra; y, considerar el papel clave que tuvo la guerra en Cuba como laboratorio y gestor de un Estado estadounidense moderno, centralizado y expansionista antes de 1898.

En el contexto de los estudios de los países de nuestra región, muchas veces los ejércitos nacionales son analizados bajo el argumento de propinar golpes de Estado, aplastar huelgas obreras y sostener implacables dictaduras. Servando Valdés Sánchez rompe con tales esquemas y en su estudio sobre la oficialidad de las fuerzas armadas cubanas, en los primeros treinta años del siglo xx, nos muestra los senderos de su formación y su papel en la sociedad de la mayor de Las Antillas.

Hasta ahora los estudios sobre el papel de Cuba en la primera guerra mundial se han centrado en su subordinación a Estados Unidos y en la producción azucarera y las inversiones del poderoso vecino. Paul Sarmiento Blanco hace un acercamiento al aspecto jurídico, el impacto en el pensamiento político cubano de aquel conflicto. Ejemplifica con el papel del senador Cosme de la Torriente y Peraza.

Laura Muñoz examina la labor de la revista *National Geographic* y su contribución a la contienda bélica durante la segunda guerra mundial como una máquina representacional, como una productora de imágenes que da cuenta de cómo Estados Unidos ostentó una infraestructura militar adecuada para defender el área vulnerable desde el sur de su territorio, el Golfo de México y el mar Caribe, y de manera especial el Canal de Panamá. Dos fueron las armas, por excelencia, de *National Geographic Magazine* en esos años: el despliegue de fotografías de diversos tamaños en blanco y negro y a color, y la reelaboración actualizada de mapas de todo el mundo, en los que se resaltan áreas específicas. Con esas dos armas, la revista dio sus batallas y generó los

discursos que propagó en esa época. Se trata en ambos casos de documentos repletos de información, de acervos itinerantes que sirvieron para respaldar acciones en diferentes lugares.

Sobre la misma época, Ligia T. Domenech Abréu desmitifica la infernal cacería que los submarinos nazis llevaron a cabo en el Caribe. El asunto ha sido mirado desde los destroyers británicos y estadounidenses o los convoyes que llevaban hombres y recursos para la guerra europea. Faltaba la necesaria mirada de los antillanos que parece no existir en el paisaje que se ofrecía en los periscopios de las naves alemanas. Ligia nos invita a que veamos esa matanza desde Puerto Rico.

Guadalupe Rodríguez de Ita se ocupa de las ilusiones de los integrantes de la Legión del Caribe para librar a la zona de tiranos, como Somoza o Trujillo. Ha conformado un singular contrapunteo entre las esperanzas de aquellos ilusionados por la libertad y la visión de la CIA sobre esa singular organización. Nos ofrece los criterios y valoraciones que hizo la agencia, e incluso sus intenciones de utilizarla para derrocar al gobierno de Jacobo Arbenz.

El universo de cimarrones, de apalencados, de irregulares dominicanos y cubanos batiendo a las huestes imperiales, de las guerrillas de Sandino, de Guatemala o el Salvador necesita una mirada que vaya más allá de la descripción del testimonio e incluso del estudio particular de cada caso, Ivette García González y Armando Cuba de la Cruz han aceptado el reto de acercarnos a una aproximación desde la teoría a esas guerras aparentemente sin frentes ni retaguardia que ha mantenido en vilo a potencias mundiales.

Ada Ivette Villaescusa despliega su mirada en una prensa que lucha en apoyo a la revolución cubana y contra la censura. Es un primer acercamiento a las fuentes y a un conjunto de titulares que proyectan las condiciones y las contradicciones que se vivieron en la época.

La crisis de los cohetes o del Caribe es tema muy conocido y estudiado. Además del interés académico está el de la experiencia que se pueda obtener de un acontecimiento que pudo tener un fin apocalíptico. Los estudiosos parecen

moverse desde la Casa Blanca al Kremlin o La Habana. Fuera de los despachos de la CIA o la KGB, de memorándum y correspondencias de presidentes y mariscales no parece que despierte interés aquel acontecimiento. Negando tal criterio Oscar Larralde Otero nos entrega su testimonio como miliciano cubano, en un olvidado poblado de pescadores y marinos del oriente de la isla. Escrito con la pasión del convencido nos acerca a la decisión de una parte significativa de los cubanos de enfrentar una guerra termonuclear desde sus trincheras.

Al final, en la sección titulada Más allá del deber, José Abreu Cardet nos acerca a uno de los grandes olvidados en las confrontaciones independentistas de la zona: la visión del otro lado de la colina. El autor ofrece un estudio con notas aclaratorias del testimonio de un teniente español, prisionero de los insurrectos cubanos en la contienda de 1868 a 1878. Este texto resulta atractivo y muy sugerente porque contiene muchos de los temas desarrollados en los trabajos previos.

En una ocasión, buscando en libros y archivos sobre una de las guerras de la región librada contra una potencia colonial, encontramos un texto escrito por un insurrecto donde narraba que luego de un combate siguieron a las tropas de la metrópoli en retirada y al descubrir las tumbas donde los contrarios habían depositados a sus caídos dice: “[...] desenterramos los muertos para despojarlos de la ropa (...) Las galletas que encontramos en los bolsillos de los soldados muertos nos sirvieron de alimentos...”¹ Nunca hemos podido olvidar esta narración, los hombres escarbando, apresados por los olores fétidos como preámbulo de la escena que les aguardaba, los cadáveres ensangrentados, en el inicio de la putrefacción, desnudarlos, discutiendo las inmundicias de aquellos cuerpos a insectos y gusanos y alimentándose de las galletas que quizás ya eran parte del proceso de descomposición.

Hoy nos preguntamos: ¿Se habrá escrito y analizado todo sobre las guerras en el Caribe? ¿Se podrá entender a aquellos hombres y mujeres con los instrumentos y metodología de las ciencias sociales? ¿Cómo explicar al extremo

a que habían llegado estos orgullosos terratenientes y campesinos que formaban ese ejército irregular de convertirse en carroñeros por una idea? Algunos actos humanos nos muestran los límites de los estudios académicos. Para acercarnos y entender aquellos hombres y mujeres de este Caribe nada exótico, que libraron guerras en desventaja absoluta contra potencias poderosas o dictaduras implacables, es necesario utilizar un término que no es científico, ni historiográfico pero real y necesario: el agradecimiento de todos los vecinos de estas costas por lo que hicieron esta multitud sin nombre de inmolados por mejorar este entorno que hemos heredado.

¹ Oscar Ferrer Carbonell. Néstor Leonelo Carbonell, Como el grito del Águila, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2005, p. 169.

El ejército español entre el viejo y el nuevo mundo

María Florencia Musante Grau

Una de las principales actividades del hombre es la guerra, el estado de paz entre los hombres que viven juntos no es un estado de naturaleza (*status naturalis*), que es más bien un estado de guerra, es decir un estado en el que, si bien las hostilidades no se han declarado, sí existe una constante amenaza.¹ Sobre esta frase de Immanuel Kant, en su libro *Sobre la paz perpetua*, gira el principio de que *la guerra es el origen de todo* y por lo tanto los hombres son los que la llevan a cabo respondiendo a ideales, creencias y formas de vida que representan su tiempo histórico.

Este trabajo tiene como finalidad presentar al ejército español en tiempos de la reconquista y las transformaciones que lo llevaron a cruzar el Atlántico y a enfrentarse en el nuevo mundo con un nuevo enemigo: la geografía americana, respondiendo así a Kant, lo nuevo siempre representa una amenaza y para ello había que prepararse.

1492: un año paradigmático

La reconquista de Granada en febrero de 1492 supuso el fin de las guerras con el reino Názride y también de la hueste medieval. Desde el 711 los reinos españoles se vieron invadidos por los moros que ocuparon una gran parte de la península hasta 1492. Este hecho de ocupación gestó el ideal del caballero cristiano que *avanzaba* sobre los infieles y *adelantaba la marca*, la frontera a favor de Castilla y Aragón. El casamiento de los reyes católicos, Isabel y Fernando, permitió la unificación de la corona manteniendo los principios de

unidad: un territorio, una religión y un gobierno. Por lo tanto, las huestes que se conformaron representaron este ideal; hombres españoles y cristianos. Su objetivo fundamental era la reconquista del territorio que había sido ocupado, por lo tanto, este ejército era tan numeroso que incluía milicias concejiles, señores de mesnadas, compañías de mercenarios.

Finalizada la reconquista y avanzando en el campo de los descubrimientos y la nueva tecnología, este ejército quedó atrasado en el campo continental. Las nuevas guerras desarrolladas en el Mediterráneo y en Italia llevaban a modificar esta pesada institución y de esta forma se favoreció al avance de los soldados a pie, armados de picas y arcabuces además de la caballería:

Tras la unificación de España, el sostenimiento de la tropa, la estrategia militar, los proyectos bélicos, las planificaciones armamentísticas y la creación de un nuevo tipo de soldado y de ejército, de cara a las guerras ofensivas y de expansión fuera de las fronteras nacionales y en orden tanto hacia pueblos y territorios fronterizos como lejanos, se consideraban incumbencia obligada y prácticamente única de la Corona [...].²

La Corona, ya estabilizada, se hizo cargo de la vieja hueste y lentamente comenzó con un proceso de transformación, esos hombres provenientes de distintos estamentos, con escasa preparación fueron dando paso a un ejército nacional mucho más disciplinado, profesionalizado, con mejor equipamiento y con proyección hacia el exterior. Castilla se orientaba a: Canarias, África del Norte y las Indias (América) mientras que Aragón se orientaba a Nápoles y las Sicilias. Esta orientación hacia la política exterior se desarrolló sobre tres ejes: Europa, África y América y fue iniciada por los reyes católicos y consolidada por su nieto Carlos I.

Los tercios españoles

El año 1492 puso fin a la dominación morisca y al ideal de caballero cristiano. La Real Ordenanza de 1495 establecía la forma de reclutar y pagar a una serie de capitanías (compañías) por el tiempo que el rey las necesitara, cuando los enfrentamientos se prolongaron en el tiempo éste decidió hacerlas

permanentes. Dicho ejército que nacería de la misma reconquista se convirtió en una unidad profesional que se dividiría en tres partes denominados tercios. Cada tercio estaría a cargo de un “maestre de campo” quien ejercía la autoridad sobre los capitanes de las demás compañías.

Esta organización permitió a la corona tener el control administrativo, organizativo y de mando de las compañías que se encontraban aisladas. Con el correr del tiempo las técnicas de combate fueron perfeccionándose, solían abrir fuego con los mosquetes a más de 100 metros, en un segundo momento con los arcabuces ya a menor distancia y por último los piqueros que avanzaban en forma de cuadro. Por las alas avanzaban arcabuceros (artillería móvil) que eran empleados según las necesidades. Y esta organización dio el origen a los célebres tercios españoles; formaciones de infantería disciplinadas y bien instruidas, armadas con picas que les permitía ser un arma letal contra la caballería y arcabuces.

Esta formación estaba en la cúspide de las formaciones europeas y le permitió a la corona española enfrentarse a los ejércitos europeos con el objetivo de consolidar sus fronteras. Pero un nuevo escenario se avecinaba. Las fronteras del imperio español no sólo se encontraban en el continente, sino que se extendían más allá del océano Atlántico incluyendo al nuevo mundo.

Un nuevo mundo con una geografía disímil a la europea, con un vastísimo territorio apenas explorado y con una población que no era enemiga, en términos de definición, pero quienes tenían distintos intereses sobre la misma región.

Si el tercio puso fin a la hueste medial, América reflató el concepto y creó la hueste indiana ya que con su exuberante vegetación y con un clima tropical muy distinto al europeo, no era apta para las formaciones cerradas.

La hueste indiana

El término hueste hace referencia a una formación de unidades por compañías, se emplea mayormente previo a la concepción de ejército como tal, en la

España medieval se le utilizaba porque hasta la llegada de los reyes católicos no existía la idea de unidad y de instituciones pertenecientes al Estado, como lo entendemos en la actualidad. Pero también la hueste tiene una concepción romántica. Los hombres que la conformaban tendían a la aventura, a adentrarse en un mundo no conocido, por eso la denominación de “adelantados”, representando a sus acciones como aventureras para exaltar la gallardía en pos de la defensa de un ideal. Ese adelantamiento de la marca tenía una acción poblacional, ya que no sólo extendía la frontera, sino que también favorecía el asentamiento y la fundación de nuevas ciudades.

Es importante tener en cuenta que en un primer momento los nativos no eran el objeto a quien combatir, el enemigo estaba en las potencias europeas que podrían llegar a ocupar un espacio que por voluntad de la reina Isabel le pertenecía a España de ahí proviene la idea de defensa del territorio y la necesidad de fundar asentamientos.

Estas acciones estaban llevadas a cabo por particulares, la corona sólo brindaba títulos y honores, todo detallado en las capitulaciones que se firmaban con particulares quienes costeaban la expedición.

Tanto el adelantado como sus hombres eran voluntarios, de ahí el carácter fundamental de la hueste, no eran soldados porque no estaban a sueldo, sino que su paga estaba relacionada con el botín o las tierras por ocupar. El trato no era de subordinados, sino que era más bien patriarcal entre el adelantado y sus “compañeros” ya que más que la disciplina, se mantenían por la persuasión:

El caudillo indiano tampoco puede emparentarse con el ‘señor’; no solo carece de derechos sobre sus hombres, sino que allegados a estos, por libre ofrecimiento y sin ser extraídos de unos estados que no tiene, viene a ser un compañero de ellos, incluso con obligaciones que le serán hartamente exigidas [...] además de ser el caudillo el primero en el lance y dificultad, en el hambre y en el cansancio, también a ratos es médico y cirujano y al enfermo o herido es el primero que ayuda a cargarle haciendo el oficio de padre no el de señor feudal.³

Se estructuraban, o mejor dicho se ordenaban en tres ramas según la forma de combatir:

1. Los jinetes, caballería pesada a la usanza europea que fueron evolucionando por las exigencias climáticas a alivianar las armaduras y a acortar los estribos de ahí el nombre de “jineta.”
2. Los infantes o peones, diestros en el manejo de espadas y armas blancas.
3. Los artilleros, escasos en los primeros tiempos hasta las construcciones de las fortificaciones en donde su empleo va a ser fundamental para brindar protección ante el ataque proveniente del mar.

Puede decirse que el ejército real hizo su aparición, mínima, en Indias con “la gente de pelea” que se despachó en el segundo viaje colombino, gente sacada de las tropas que habían intervenido en la guerra de Granada. Serían veinte lanzas jinetas, todos a sueldo de la corona, pero con armas y caballos a sus costas. [...] este pequeño contingente no fue enviado a luchar contra los indios, sino la prevención de un ataque portugués, en momentos en que todavía no se habían concretado las posiciones y concesiones mutuas entre Castilla y Portugal acerca de las islas y las tierras del nuevo mundo.⁴

Aunque el objetivo principal de la conquista no haya sido la lucha contra los indios al poco tiempo de la llegada española a América el objetivo cambia y da comienzo a la época de los conquistadores.

La conquista

El viaje de Colón puso a España a las puertas de una nueva aventura la cual tuvo un carácter guerrero más que militar en sus primeros momentos. Hablamos de guerra porque fue una aventura con gente de pelea que cargaba sobre sus espaldas los gastos de la empresa contrariamente a una acción realizada por soldados que responden a un poder estatal.

La hueste indiana no era una unidad militar según el concepto moderno. Carecía de existencia previa o posterior, de estructura definida; depende de un adalid no de la Corona.

Esta diferencia es sumamente importante para poder establecer un criterio en temas relacionados con las fuerzas asentadas en América. En el momento de la conquista son expediciones de tipo mercantil producto de las capitulaciones; posteriormente se desarrolló la etapa de consolidación en la cual ya se encuentran unidades para defender lo ya conquistado, respondiendo de esta forma a una concepción defensiva. Dentro de la etapa de consolidación, que va a durar hasta la emancipación, se tomaron las medidas para proteger las zonas más vulnerables a los ataques enemigos, es decir el Caribe, y se procedió a la construcción de empalizadas y posteriormente fortificaciones, donde vamos a encontrar guarniciones permanentes convirtiéndose de esta forma en el cinturón defensivo americano.

Una vez marcadas estas diferencias es preciso comprender que en los primeros momentos de la conquista no se aplicaron grandes técnicas de combate, ya que los hombres que participaron estaban unidos por un objetivo en común y no por los lazos orgánicos que unen a un ejército.

Armamento

Las armas que traían los españoles por supuesto que eran europeas y servían para combatir contra un enemigo europeo que vivía en una región de clima templado oceánico y no en un territorio tropical y húmedo. Pronto tuvieron que dejar de lado las armaduras, tanto las propias como las de los caballos, porque el clima resultaba insostenible con esa vestimenta. Rápidamente dejaron las armas europeas y las cambiaron por el tipo que usaban los nativos.

El arcabuz, arma característica de los tercios, fue poco eficaz debido al clima y al terreno americano:

Precisaba de una horquilla para sujetar el extremo del cañón, necesitaba pólvora fina para cebar la carga principal, de pólvora más gruesa y tenía que llevarse una mecha encendida para efectuar el disparo. La propia mecha debía encenderse con pedernal y yesca, y como no era posible mantener constantemente el ascua del arma, en América los arcabuceros eran atacados a veces antes de que consiguieran encender sus mechas.⁵

La ballesta tampoco fue usada, los ballesteros quedaban alejados de la lucha por el lento sistema de recarga. Las saetas de la ballesta causaban bajas en cada indio que alcanzaban, pero los indios eran demasiados y pocos eran alcanzados.

Si no fueron las armas clásicas de los siglos XIV y XV ¿cómo consiguieron derrotar a los nativos?:

La mayor parte de los analistas consideran que lo que ahora denominamos guerra asimétrica es tan antiguo como el hombre y se remontan al pasaje bíblico de David contra Goliath que es citado con insistencia. [...]

En 1997 aparece como tal la definición de guerra asimétrica explicada entonces por Paul F. Herman como ‘un conjunto de prácticas operacionales que tienen por objeto negar las ventajas y explotar las vulnerabilidades (de la parte más fuerte), antes que buscar enfrentamientos directos’.⁶

Si analizamos la siguiente cita podremos extraer que una de las ventajas que tenían los nativos era la vivencia de la geografía del lugar y su vulnerabilidad estaba en lo desconocido, como el caballo que afectó muchísimo a los originarios al igual que el perro.

Los primeros embarques de caballos, vacunos, ovejas y cerdos llegaron a La Española en 1493, a partir del segundo viaje de Colón. El caballo junto a su jinete fue considerado por los nativos como un solo individuo, creyéndolos sus dioses creadores con “pies de plata” —haciendo referencia a las herraduras—. Lo desconocido para ellos fue una gran vulnerabilidad ya que ante la sola presencia del animal sentían tanto miedo que, en muchos casos, no opusieron resistencia a la presencia española. En combate, tenían una ventaja mayor sobre el soldado a pie ya que podía combatir por más tiempo y maniobrar más rápido. Los europeos a sabiendas del efecto que causaban prohibieron que los nativos montaran y menos que lo poseyeran.

El segundo animal fue el perro, preferentemente de las razas: alano, mastín y dogo. Los perros bien entrenados eran un arma mortal contra los

nativos, y excelentes guardianes que preanunciaban a los grupos que se escondían en la espesura del bosque.

En cuanto a las armas “convencionales”, los españoles utilizaron en el momento de la conquista lanzas y picas, espadas grandes y tajantes, emblema de la infantería del combate cuerpo a cuerpo. Así como también armas portátiles de fuego, los cañones eran pequeños y de bronce, pero con un potente estruendo que ocasionaba confusión entre los indios.

La humedad y las lluvias tropicales, sobre todo en América Central, facilitaron el cambio de moda, ya que todo material que fuese de hierro se oxidaba o se achicharraba por el excesivo calor, principalmente los soldados sufrían con el uso de la cota de malla. Ante esta dificultad adoptaron las corazas de los locales; jubón de fibra de algodón o magüey, con un relleno de tres dedos de espesor, si se los empapaba con salmuera estos se endurecían y los protegían de las flechas. Los animales, caballos y perros eran protegidos con la misma manta.

La táctica

La primera medida tomada por las huestes indianas fue la adaptación al medio, ya que, como se dijo anteriormente, el clima y la vegetación distaban mucho de las conocidas en el mediterráneo europeo. Una vez aclimatados, la táctica empleada por excelencia para la conquista de nuevos territorios fue la marcha en columna por territorios despoblados hasta encontrar núcleos de población, los cuales se sometían. Exploración, descubrimiento y conquista terminaron siendo, en la mayoría de los casos, un solo momento.

El “baqueano”, quien conocía el terreno era sumamente importante en cualquier tipo de operación, más que algún soldado experimentado en las guerras europeas. También se practicaron las “cabalgadas”, entradas en territorio no conquistado que fueron muy habituales y podían ser a caballo o navales, como se van a denominar en la región antillana, desembarco en costas cercanas o islas en busca de rehenes o botín.

Cuando el combate se desarrollaba a campo abierto se denominaba “guazabara”, con éste las huestes buscaban sembrar el terror frente a sus enemigos utilizando básicamente el estruendo de los cañones, los perros y los caballos adornados con cascabeles.

Una vez producido el contacto entraban los peones, soldados a pie armados con sus espadas y rodelas, actuando en pequeños grupos para protegerse de las flechas enemigas. Finalizado el combate se concluía con la persecución, en la cual los jinetes podían cabalgar por horas asolando y cansando al enemigo para así tomarlo como prisionero.

Etapa de consolidación

Tan pronto como un territorio es conquistado las armas dejan de tener fuerza y las huestes se disuelven para transformarse en colectividad de colonos. La defensa de dichos territorios —siguiendo el modelo medieval—, pasa a depender de los vecinos, quienes tienen que enfrentarse a los problemas con los extranjeros y con los viejos soldados que llevados por la codicia se lanzan en busca de nuevas riquezas asolando poblaciones, sobre todo las costeras.

A partir de este momento se asienta un ejército con características bien definidas que se mantuvo hasta la emancipación. La corona tuvo problemas para mantener dos ejércitos, uno en Europa y otro en el nuevo mundo, razón por la cual España respondió ante las escaladas o avances de potencias extranjeras de manera paulatina y gradual, con un concepto defensivo, ya que el objetivo era preservar el territorio, no nuevas conquistas.

El gran problema que tuvo América a partir del siglo XVI fue el temor al avance de nuevas potencias europeas más que a problemas locales. El ejército estaba para la defensa externa y esto se vislumbró en los primeros intentos de sublevación ya que las autoridades se encontraban sin unidades regulares.

Si el objetivo era la defensa del territorio, el núcleo fueron las zonas costeras, ya que las amenazas provenían del mar. Esto dio origen al cinturón defensivo que se construyó en América a través de las fortificaciones; primero

estructuras muy endebles hasta conformarse las grandes fortificaciones de tipo Vauban que se erigieron en todo el Caribe.

Estas fortificaciones no podían estar en manos de hombres con sólo buena voluntad, ya que requerían de una guarnición permanente que tuviera el conocimiento para la utilización de las piezas. Lo máximo que puso el ejército español fue una guarnición de 150 hombres, con 37 artilleros. Esta confianza llevó a que, en 1762, gracias a la pérdida de las fortificaciones en La Habana y Manila en manos británicas, se diera por finalizado este concepto defensivo.

La llegada de los borbones al trono español también trajo aparejado un cambio en la organización militar que se apoyó en tres puntos: la armada, quien protegía los mares y el comercio; las fortificaciones, que no van a volver a caer en manos enemigas por veinticinco años y que cada año que pasaba se iban convirtiendo en verdaderas obras majestuosas manejadas por un grupo de ingenieros militares; y por último el ejército.

El problema radicaba en que, como de costumbre, España no tenía suficientes hombres y por lo tanto se convocaron a las milicias, esta convocatoria a los criollos se denominó “el proceso de americanización de la defensa de las Indias”, a las tropas del ejército real, las fijas y las milicias de blancos se unieron las de pardos, morenos y naturales. Tropas que no tenían nada que envidiarle a las peninsulares.

Conclusiones

El ejército es una institución que responde al Estado y se nutre de sus ciudadanos, por lo tanto, las características que tenga dependen del momento determinado que vive el país, con sus valores y su historia. El ejército español, a fines del siglo xv, finalizaba una de las hazañas más importantes en su historia y simultáneamente comenzaba otra. Terminaba con la ocupación de los moros en 1492 y descubría a fines de ese mismo año un Nuevo Mundo.

El fin de la ocupación morisca le permitió a España salir de su época medieval y entrar en la modernidad con la conformación del Estado moderno.

El nuevo mundo, América con sus características, le permitió mantener algunos elementos del mundo medieval, las huestes, con su ideal de caballero cristiano, gallardo, heroico y aventurero que supo adecuarse al tiempo y lugar para mantenerse por tres siglos en la región.

Fuentes

BIBLIOGRAFÍA

Kant, Immanuel, *Sobre la paz perpetua*, Madrid, Tecnos, 1795.

Ramos, Demetrio, *Determinantes formativos de la hueste indiana y su origen modélico*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1965.

Riesco Terrero, Ángel, “Transformaciones de la gente de guerra y hueste medieval hispanas en ejército moderno: estable, profesional y representativo del Estado con especial referencia a algunas ordenanzas del siglo XVI”, *Revista de Historia Militar*, Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, núm. 97, 2005, pp. 127-150.

Wise, Terence, *América Latina: de la conquista a la Independencia*, Madrid, Ediciones del Prado D.L., 1995 (Ejércitos y batallas, 50).

¹ Kant, *Sobre la paz*, 1795, p. XII.

² Riesco, “Transformaciones de la gente”, 2005, pp. 127-135.

³ Ramos, *Determinantes formativos*, 1965, p. 28.

⁴ Riesco, “Transformaciones de la gente”, 2005, p. 184.

⁵ Wise, *América Latina*, 1992, p. 8.

⁶ Antonio Cabrerizo Calatrava, “El conflicto asimétrico”, en CEAS-Universidad de Granada, <<http://www.ugr.es/~ceas/Sociedad%20y%20seguridad/CABRERIZO.pdf>>. [Consulta: 13 de diciembre de 2017.]

Pedro Menéndez de Avilés, estrategia para España desde el norte circuncaribeño

Lourdes de Ita

Introducción

El llamado Gran Caribe¹ fue una región usada estratégicamente aún antes de que se teorizara respecto a su valor geopolítico en siglos posteriores.² Durante los siglos XVI al XVIII, fue una zona pivotal muy valorada tanto por los colonizadores españoles, como por navegantes ingleses, franceses, holandeses y de otros reinos. El despliegue de varios archipiélagos habitados y habitables a una distancia relativamente corta del litoral novohispano y del de Tierra Firme, la presencia de dos penínsulas y de dos istmos —en particular el largo istmo centroamericano— que al cruzarlos comunicaban el Atlántico con el Pacífico, así como la fisiografía general de las cuencas que lo forman, hicieron del Circuncaribe colonial una región de la que los ingleses decían era “la niña de los ojos del Rey de España”, y no sin razón, pues por ahí debía pasar tanto la flota de Nueva España, como la que provenía del Potosí y del Perú vía Panamá. Controlando algunas zonas del Caribe, se podría lograr el control del rico tráfico entre Sevilla y Nueva España-Filipinas, por un lado, y entre Sevilla y Panamá-Perú-El Potosí por otro. En esta lógica se basaron los primeros asentamientos franceses en la Florida y un siglo después, el plan antillano de Cromwell.

Pedro Menéndez, nacido en la segunda década del siglo XVI en la villa portuaria de Avilés, al norte de la península ibérica, fue uno de los navegantes españoles más notables de su época y una figura polémica y singular. La

historiografía en torno a Menéndez suele ser muy tendenciosa y en ocasiones encomiástica aún en la actualidad, no solamente porque sus actividades estuvieron directamente relacionadas con actores señalados de la historia de España, Francia, Inglaterra y Flandes, sino particularmente en la historiografía española, porque se muestran las diferentes facetas del navegante, así como las diferentes circunstancias en las que se encontró, su carácter y condiciones personales, su formación como marino del norte de la península, su arrojo y habilidades, su relación con los poderosos de España y el celo vehemente — con ellos compartido— contra los extranjeros, contra los “herejes luteranos”, enemigos político-ideológicos de los Habsburgo del XVI, y finalmente, el uso que dio a todos estos elementos, para posicionarse en el tablero metropolitano.

Menéndez, marino del norte de España

Durante la época medieval, en España, no sin la influencia de Génova y Portugal, se habían forjado diferentes flancos marítimos, por una parte, estaban las costas andaluzas muy relacionadas con el *Magreb*, por otra, Cataluña que habiendo aprovechado la influencia mora y conquistado la protección de las Baleares, Sicilia y Cerdeña,³ se situaba bien dentro y frente al Mediterráneo, y por otra parte, las costas del norte, las de Asturias, Cantabria y el País Vasco, que desde el siglo XIII se habían unido en una federación conocida como *la Hermandad de la Marisma* o *la Hermandad de las Villas de la Marina de Castilla*,⁴ con el fin de defender hacia el interior, los derechos que habían obtenido de parte del rey por haber participado en las campañas de la reconquista de Andalucía, y hacia el exterior, sus intereses comunes ante el comercio que se efectuaba con los puertos franceses e ingleses y en general con los que pertenecían a la Liga Hanseática y formaron un frente naval al servicio de Castilla, tan afianzado, que logró mantener su actividad y autonomía y frenar la influencia de la Hanseática hacia lo que se ha denominado el “Arco Atlántico”.⁵

La Hermandad de las Cuatro Villas, que fue parte de la de *Hermandad de la Marisma*, agrupó a Santander, Laredo, San Vicente de la Barquera y a Castro Urdiales, en el Cantábrico. Los puertos del norte de España mantuvieron ese antiguo y activo comercio con Flandes y con Inglaterra en el período previo a 1492 gracias a tratados comerciales firmados antes de la llegada europea a las Antillas,⁶ algunos tan recientes como el Tratado de Medina del Campo, firmado sólo tres años antes de la llegada de Colón al archipiélago caribeño.⁷

Pedro Menéndez de Avilés se forjó en esa escuela marinera del norte de la península ibérica, que todavía a mediados del xvi, tenía un prestigio más añejo⁸ que el de los marinos, comerciantes y armadores de la relativamente reciente Casa de la Contratación de Sevilla, primer organismo administrativo creado para las Indias con la finalidad de organizar y controlar el tráfico con los territorios del continente americano, considerándolos un mercado reservado para Castilla. La Casa se ubicó en Sevilla por ser un puerto interior, salvaguardado por el Guadalquivir de los ataques marítimos y donde era más seguro el aparejo de las embarcaciones.⁹

Probablemente por haberse formado en una escuela de navegación diferente, por sus conocimientos y habilidades tanto en la navegación, como en las fibras sensibles de las políticas de su época, fue que en sus cartas dirigidas a los reyes de España, Carlos I y V de Alemania, y Felipe II, así como a la “Princesa de Portugal”, Juana de Habsburgo —hermana de Felipe II y gobernadora de España cuando este se ausentó del reino para casarse y permanecer en Inglaterra entre 1554 y principios de 1559— Menéndez hacía atrevidas recomendaciones, sugerencias y solicitudes, directas y resueltas, así como abiertas críticas a los maestros de la Casa de Sevilla, cuestiones que lo llevaron a ganarse la enemistad de muchos en España, y en particular de los oficiales de la Casa de Contratación. Sin embargo, fueron esas mismas críticas y propuestas las que definieron los lineamientos para el proyecto de flotas de la Carrera de Indias.¹⁰ El hecho de que Pedro Menéndez hubiera sido nombrado como Capitán General de la Flota de Indias directamente por el rey, fue otra de

las razones por las que tuvo problemas serios con los oficiales de la Casa de la Contratación.

Los biógrafos, las cartas y los documentos

Para analizar la trayectoria y las circunstancias en las que el marino asturiano se encontró en las diferentes fases de su devenir como capitán de las flotas de los reyes de España y en particular desde que fue nombrado capitán general de la Flota de Indias y Adelantado de la Florida, existen algunas fuentes que pueden considerarse primarias: los escritos de los tres principales biógrafos de Menéndez. Uno de ellos, su cuñado, Gonzalo Solís de Merás, a quien incorporó en sus viajes como cronista y cuyo *Memorial* ha llegado hasta nuestros días gracias a Eugenio Ruidíaz y Caravia;¹¹ otro de sus biógrafos fue Francisco López de Mendoza Grajales, capellán de la expedición de quien se tiene menos información,¹² y finalmente; Bartolomé Barrientos, quien era profesor de latín en la Universidad de Salamanca, y de su *Vida y hechos de Pedro Menéndez de Avilés*, se han llevado a cabo diferentes ediciones, tanto en español como en inglés.¹³ Otra fuente muy importante para acercarnos a examinar a Menéndez, son algunas de las cartas que escribió y que sobreviven. Parte de ellas fueron publicadas en el segundo tomo de Ruidíaz y Caravia en 1893 y más recientemente en 2002 por Juan Carlos Mercado. En esta recopilación hecha por los autores mencionados, encontramos una carta fechada en julio de 1555 dirigida al rey Carlos I de España y V de Alemania, seis cartas a Juana de Habsburgo,¹⁴ la gobernadora de España desde 1554 a fines de 1558, cuando Carlos I y V de Alemania abdicó al trono para retirarse en Yuste y Felipe II, el nuevo rey, se encontraba en Inglaterra como rey consorte de María Tudor, procurando hacer lo suyo por recuperar a *la pérfida Albión* como reino católico que apoyara a España contra Francia. Una carta fechada el 14 de abril de 1557, un día después de la primera dirigida a la princesa Juana, la envió al presidente del Consejo de Indias,¹⁵ Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar y Finalmente, tenemos 41 cartas escritas al propio Felipe II, una vez vuelto a